CONCEPCION ARENAL

HUMANISTA ENTRE SERAFINES

L rito carolingio de la galantería las clases aristocráticas lo practicaron hasta principios del siglo pasado. La galantería era para aquellas clases una norma que consistia en dar a la mujer en público trato de diosa y en privado trato de barragana, a veces después del minué y con acompañamiento de elegantes suplicios.

Los tiempos románticos generalizaron la galantería carolingia a la clase media toda ella rural o ruralizada hasta después de 1850. El romanticismo y la galantería se difundieron juntos. El romanticismo era en puridad y consigna la vuelta a la naturaleza y la clase media rural halló la naturaleza a dos pasos de casa cuando empezó a copiar las recetas de Rousseau como si fueran recetas de cocina. La galantería fué calco también en la clase media. Los románticos del tipo sensorial como Musset han podido demostrarlo. Musset fué quien advirtió más claramente el carácetr del romanticismo al observar que el nacimiento de éste coincidia con el cambio de indumentaria carolingia por indumentaria negra de velatorio. Epoca fué aquella marcada en España por el tránsito de Goya a Esquivel, desde la casaca bordada al atuendo fúnebre. Y época de pleamar en la política cuando los hombres se dedicaban a ensalzar a las mujeres en tertulios y libros pero las condenaban en realidad a perpetua esclavitud adjudicando a la esposa y a la amante una idolatría sincopada que a última hora no era más que cobardía sexual. Ejercian los hombres la dictadura familiar absoluta y sus preocupaciones máximas eran extender a lo que llamaban la nación el mismo absolutismo. De este punto de vista nació la política que legisla sobre lo ilegislable.

El pueblo no profesaba la galantería congelada y encasacada en los salones. Vivía al margen de éstos. No sentía el romanticismo como una vuelta a la naturaleza porque no se apartaba de esta naturaleza, aunque fuera poco propia para escenario de la «Galatea». Así como los ricos nuevos, la intelectualidad, los compradores de bienes nacionales, los arbitristas y los leguleyos substituyeron a la nobleza apergaminada en la gobernación, la anularon en los salones con la literatura amorosa y las reminiscencias coloniales. El profesor Diaz Plaja ha escrito un precioso libro, «Introducción al Romanticismo español», no publicado aun pero conocido lo suficiente por mí en el texto inédito para saber que el autor atribuye el nacimiento de las esencias románticas a las descripciones que hacían de América los aventureros al volver al solar hispánico hablando de pepitas de oro, ríos de plata, de Jauja y Potosí, de árboles de miel y paraísos floridos. Aquellas descripciones leídas por Rousseau incubaron el romanticismo francés que extendió su zona por España creyendo los españoles que era una invención francesa; como creyeron que era romanticismo francés el de Víctor Hugo a pesar de haber demostrado Mesonero Romanos que el autor de «Napoleón el Pequeño», bebió en España el romanticismo reflejado por Lope de Vega en «El peregrino en su patria», no tanto en «Fuenteovejuna», obra de servilismo para la realeza. Sabido es que Víctor Hugo era hijo de un general que vino a España con las tropas de Napoleón y que se educó Víctor en un colegio castizo madrileño leyendo a los clásicos con más atención que antes Boileau y después Alberto Lista.

El romanticismo popular no era el libro ni el salón, como tampoco el jardín recortado, sino la estepa, la guerrilla, la vida hermética de los poblados perdidos entre caminos vecinales, el individualismo tozudo pero no razonador y matizado, el individualismo sin individualidad. Los guerrilleros de manta y trabuco salían a los caminos haciendo la señal de la cruz. A veces las cuadrillas eran apostólicas como en Levante la de Jaime el Barbudo, indultada por influencia episcopal y adscrito al clero para matar a los liberales. Otras veces tenían aquellas cuadrillas el favor miedoso de algún cacique como la cuadrilla de Cucaracha en Aragón tenía el favor del cacique Castarás, de Lanaja. Pero a veces, los guerrilleros de manta y trabuco eran románticos apolíticos y galantes. Galantes con ese sentido de gallo que solo cree en la galantería de majeza y aspira mucho más a mandar que a adquirir probando que la autoridad sugestiona antes que las onzas y que las joyas.

El romanticismo popular era el internacionalismo abnegado y a veces la justicia fulminante de los motines contrastando con la cachaza picaresca habitual y recelosa, tan apegada a la entraña española. Romanticismo popular era el trabajo sin jornal, el trasiego de bellas calidades arbóreas, la agresión a cuchillada limpia contra los perdonavidas rurales pendencieros que vivian de cobrar el barato, el amor sin capítulos matrimoniales, el foco de cultura ajeno al Estado, la vida de relación no forzada, el desinterés de tantos y tantos hombres de las sociedades secretas, la agrupación sin cuota de salvamento ,la gesta decisiva contra el tirano, las tertulias sin presidente. Todo esto no caía bajo ninguna jurisdicción. Era la actividad constructiva hispánica y romántica sin calcos de salón, reminiscencias coloniales ni modas circunstanciales. No era un remedo de la gitanería, no era un conjunto de espontaneidades. Era todo un sistema de moral, de ejemplar vida de relación, de no explotación ni balance, de apoyo de arte popular y superación. Si todo este mundo laborioso y honesto quedó en parte desvalorizado por su incorporación a los partidos de apelativo proletario o de apelativoo burgués, fué por acomodarse todos a consignas de autoridad que están destru-

yendo el fondo inconformista para inyectarlo en programas políticamente irrealizables.

Las pruebas son patentes. Recordemos la picaresca española. ¿Quién la humanizó? Cervantes. Este creó el arquetipo más formidable de romanticismo y antipicardía. Al héroel manchego no le entiende el cura torpe ni le entiende el pedante bachiller, pero le entienden los pastores bajo las encinas cuando exalta la edad «en que no había tuyo ni mío». El primero de los héroes cervantinos es el primero de los antipícaros. De él arranca el humanismo generoso sin estatutos. Alonso Quijano tenía que remendar sus propias calzas de velludo. Como popular independiente se anticipó al romanticismo guerrillero de manta y trabuco moliendo a los pícaros sin esperar justicia de los jueces, arremetiendo contra los esbirros a lanzada limpia y libertando a los presos sin preconizar el voto, para abrir las cárceles con la picaresca incruenta de la paleta. Es preciso humanizar la picaresca. Contra ésta se escribió lo mejor del Romancero.

—¿De qué lloras, blanca niña?
¿De qué lloras, blanca flor?
—Lloro que perdí las llaves,
Las llaves de mi cajón.
—Si de plata las perdistes,
De oro te las hago yo.
—No quiero plata ni oro,
Las mis llaves quiero yo.

¡Esto es lo grande! Sentimiento estoico y despreciativo de la riqueza: Quien tiene una copa pequeña pero bebe en su copa; quien sabe ganar independencia en vez de amontonar dinero; quien vive por su esfuerzo y mejora su vida por iniciativa y solidaridad; quien crea una necesidad de orden superior por cada posibilidad de satisfacerla es el romántico popular. El romántico libresco, lo que hace es buscar un destino.

Cuando Concepción Arenal empezaba a atisbar la realidad carcelaria de España, el régimen llamado penitenciario era ni más ni menos que el régimen de los castigos coloniales. Si el alcohol producía homicidios en la calle o en la taberna, el homicida se hallaba con unos cerceleros beodos de autoridad y de cazalla. Les ponían cabos de varas en vez de pan y confidentes en vez de abrigo, les hacían construir murallas sin quitarles la cadena y les obligaban a asistir a misa. Los descendientes de Rinconete se defendían a dentelladas ingeniosas contra el hambre y las autoridades preferían como Rinconete, conservar a éste sucio, analfabeto y cautivo, que libre, limpio y aplicado. Para conseguirlo halagaban lo que de peor había en Rinconete y que no era ciertamente lo que le empujaba al delito como creen los cuáqueros y los alguaciles, sino que favorecían lo que hace amar la holganza: la cárcel, escuela de holgazanería como no hay otra.

Esta población era poco heterogénea. Quedaban en presidio los que no podían agenciarse un indulto parcial promovido por la clerecía o los amos de la tierra. La legislación penitenciaria estaba militarizada y en perpetuo régimen de guerra cruenta. Las leyes eran tan atrozmente absurdas que por arremeter cinco guerrilleros contra un usurero y cacique rico en el monte, exigiéndole tres o cuatro mil reales sin causarle el menor estropicio físico y sin obtener el dinero, los tribunales dictaban cinco sentencias de cadena perpetua, costando al Estado la estancia en presidio de los sentenciados, según calculó Rafael Salilas, más de quince mil duras, aparte de quedar en inmovilidad productiva aquellos cinco hombres en la flor de la edad. Y según calculé yo en la cárcel de Barcelona con otros clientes sociales del establecimiento, las condenas por robo y hurto en un año, equivalían por lo que se refiere a aquella audiencia a un gasto de ciento catorce mil peestas que tenía que hacer el Estado, manteniendo a los sentenciados — sin contar los sueldos del personal judicial, policíaco y carcelario — y, en cambio, lo expropiado no llegaba, como delito consumado, ni a quince mil pesetas. A pesar de la supuesta tradición tolerante del sistema penitenciario español, desde el «Discurso sobre las Penas» de Lardizábal que no es más que un resquicio de filantropía parcial dieciochesca, hasta el militar Abadía, que Albornoz reputa, sin muchas pruebas, precursor de Montesinos a la vez que deja de citar a Dorado. Montero y Concepción Arenal. Estos, cada cual en su medio, sobre todo Dorado Montero, fueron más grandes que los adherentes todos de la Sociedad Filantrópica de 1840, más grandes que los visitadores de cárceles y que los burócratas de los patronatos incluyendo a Quintiliano Saldaña y sus obras de lloriqueo pitagórico. Modernamente, los profesores de penalismo como Cuello Calón o Jiménez Asúa saben mucho menos que un quincenario. Creen que la cuestión de aplicar penas, graduarlas y dosificarlas, es una «técnica» como creen también que la reforma de los llamados delincuentes, habituales o no, es tema de tesis doctoral, de técnica. Quien recuerde la verdadera realidad de presidios y cárceles en España en los últimos ochenta años y sea imparcial tendrá que reconocer que los únicos que moralizaron y humanizaron el régimen carcelario fueron los anarquistas, con ejemplos de abnegación, con su espíritu desinteresado y su práctica de solidaridad. Salvochea fué en esto un ejemplo vivo al negarse a salir de presidio por caridad del enemigo, fugándose en condiciones peligrosas, pero más presentables que la urna, sistema novísimo de fuga inventado por el socialismo político.

Concepción Arenal sentía el romanticismo altruísta de los que hace siglos desde Licurgo a Augusto Compte y desde éste a los Soviets suponen que el hombre nació para ser gobernado por los únicos seres del mundo que no se dejan gobernar. A veces parece Concepción Arenal una señora del Ejército de Salvación, como las que se ven en Londres entrar en las tabernas para predicar templanza. Hay una biografía muy incompleta, en ciertos aspectos interesante, de Concepción Arenal, escrita por Matías Usero Torrente, reivindicando para ella el carácter heterodoxo, liberal, librepensador y hereje. Era una sensiblilidad fina de mujer que quería corregir la grosería de los hombres empantanados perpetuamente en el atolladero de la autoridad, modificando ellos a cada paso lo externo de un régimen político, pero haciendo que se parezca a otros ya que todos tienen por base el mismo principio antisolidario y gubernativo. Creía Concepcional Arenal que en la sociedad «están los elementos necesarios para consolar todos los dolores y que no hay más que armonizarlos». Es evidente esto, pero precisamente no se pueden armonizar como deseaba Concepción, fuera de la vida directa sin autoridad. Creía ella en el Estado, no en las unidades sociales de tipo solidario.

Refiriéndose al personal religioso en hospitales y asilos decía, con evidente optimismo: «Tributamos a estas piadosas mujeres todo el respeto que merecen su abnegación y sus evangélicas virtudes». Se refiere a las religiosas con exageración laudatoria y añade: «Pero si con su santa vida ennoblecen la naturaleza humana, no les es dado cambiarla.» Evidentemente. ¿Cómo van a cambiarla con el dogmatismo de las tocas y el rosario para curar a quien está desnutrido?

Concepción Arenal era profundamente pesimista y profundamente religiosa. Siempre la religión es una fuente de pesimismo, como lo es cualquier sistema cerrado, intangible y autoritario. El pesimismo no obedecía a una determinada religión. Parecía protestante más que católica. Su religión era de fondo, tan peligrosa o más que de la forma porque era sentimiento. Cuando el sentimiento compasivo se dedica a un preso o a un asilado, en vez

de inutilizar cárceles y asilos con nivel de altura moral y cultural o de trabajar para esa buena obra, nace «La Voz de la Caridad», que era una publicación de socorro editada por Concepción Arenal en favor de los que nada tienen, ni aun libertad de andar. Tal vez sea Concepción Arenal la figura más seráfica del liberalismo humanitario en la España de su tiempo; desde luego, es la más entrañable y sinceramente atribulada por las desdichas humanas; a veces se expresa con valentía serena, pero no tarda en caer en la sima del romanticismo libresco de su tiempo, sucedáneo artificial del romanticismo popular que hay en su impulso inicial de piedad laica. El serafín sucede a la conmiseración. Anegada en lágrimas por los desdichados presos y deficientes, siente allá dentro un cántico de serafines evangélicos y sigue llorando con desconsuelo.

Pero los serafines siempre acaban por jugar una mala partida a los seres humanos. Un hombre tan evangélico como Luis de Zulueta que escribe con pluma bíblica y mucho menos ágil que la de Borrow, oye un día rumor de alas: «Me dicen los serafines que vaya a desempeñar una embajada» exclama. Y se va a Berlín. Luego escribe docenas de artículos pacifistas y evangélicos, pero él estaba en una embajada haciéndose millonario y personaje mientras nosotros seguíamos en la cárcel o a punto de volver o viviendo de medio lado. Que Zulueta viva en comunicación con suculentas embajadas nos parece que es tal vez irremediable, después de haber desempeñado cargos parecidos unos perfectos hotentotes; pero que nos quiera convencer de que los serafines le dan cátedras sin oposición y suculentas embajadas, nos parece un tanto excesivo.

Pues bien: Concepción Arenal no profesaba el luteranismo contabilista de Zulueta ni tampoco el liberalismo pacato de éste, risueño como el de una colegiala calvinista de Ginebra para todo lo que sea atalayar el porvenir, negro para el presente. Concepción Arenal, con todo, volvía indefectiblemente a su pesimismo incurable. ¿Creía que todos los males nacen de la defectuosa organización social? Hay quien afirma que los impulsos de violencia no se darían en una sociedad perfecta. ¿Puede existir la perfección? ¿Qué es? Nadie ha podido decirlo con teorías ni con hechos. Lo evidente es que si los hombres han de esperar para ser buenos a que lo sea el régimen, sobran las ideas anarquistas. En el actual régimen hay una ramera que dice serlo por necesidades económicas y otra no es ramera teniendo parecidas necesidades económicas y parecidas perspectivas de desenvolvimiento.

Hay un error en achacar la maldad de los hombres a la maldad del régimen porque todo ello equivale a creer en el absurdo de que un régimen hecho por serafines o por comisarios enderezaría todos los entuertos del mundo. Esto no es más que sectarismo. Y en este sectarismo incurrió Concepción Arenal, a pesar de su refinado temperamento. Leamos ahora un bosquejo de autobiografía escrito por Concepción Arenal:

¿Quién soy yo? Allá en el bosque una hoja caída
Cual otras que ahora caen, cayeron y caerán
Abril les dió la vida, noviembre las arroja
Al suelo, y en su día las barre el huracán.

Queda lejos el romanticismo popular y se perfila el de cripta.

*****

El romanticismo tuvo en España un sentido popular ajeno a las modas literarias. No fué cosa de teoría, calco, contagio o azar, sino conciencia desinteresada, acto individual o colectivo calificable precisamente por su desasimiento de cualquier tradición escrita, histórica o literaria. En todo caso fué costumbrismo y arte popular.

¿Tienen algunos antecedentes literarios ese romanticismo popular? Indudablemente. Pero aquellos antecedentes literarios no sirvieron de arranque para sucesivas acciones, ni tampoco sirvieron de modelo. Cuando el hidalgo manchego da la libertad a los galeotes encadenados es un romántico. Cuando hoy se facilita una fuga de presos sin interés pecuniario o político se es un romántico sin imitar al inolvidable manchego, cuyas hazañas pueden incluso ser desconocidas por el libertador actual. Se deja de ser romántico, en cambio, cuando la libertad es un tráfico para conseguir prebendas; cuando la cobardía de llevar la papeleta a la urna substituye al esfuerzo directo libertador, que es el verdaderamente subversivo, el único efectivamente revolucionario.

De la misma manera, para aliviar el preso se fundaba Concepción Arenal en teorías evangélicas y no en el derecho a la libertad, más antiguo que todos los textos evangélicos. Puede considerarse Concepción Arenal como adalid del sentimentalismo, pero no como efectiva luchadora en la pugna eterna entre la libertad y el absolutismo. Para procurar la libertad de un preso decir que delinquió a consecuencia de la defectuosa organización social, es una monstruosidad puesto que la libertad es un derecho que no se altera por «delinquir». Este verbo es absolutista y en una reivindicación racional no cabe ni mentarlo. Los que piden libertad «aunque se haya delinquido» son católicos en el fondo. Hay que pedir la libertad por respeto al hombre y como tal. Aunque sea un monstruo. También Poincaré lo era y en libertad estuvo siempre. Si una jovencita pobre cae en las zarpas de un rico para ser instrumento de placer es porque ella quiere parecerse al rico, vestirse y engullir como éste, no porque haya pobres y ricos. Ahora bien: el hecho de que los pobres tengan pretensiones de ricos es lo que eterniza el régimen de los ricos, no las fuerzas coercitivas de éstos como se dice en los prontuarios marxistas. El marxista es el hombre que ronca. Los ronquidos de Marx se parecen a los de un comunista resentido de hoy sin necesidad de ponerse de acuerdo los dos partiendo de ninguna teoría. Cuando de la rebelión contra el capital se hace un partido se eterniza o bien queda transferido a un solo capitalista infinitamente más dictador que los otros: el Estado.

Concepción Arenal era un espíritu evangélico y delicuescente. Su afán de claridad no era, con todo, un aislador, pues conservaba afinadas las entendederas para vapulear a las clases privilegiadas, aunque con sordina. Su error consistía en querer reformarlas en vez de aniquilarlas o aislarlas dejándolas en compañía de la propia inutilidad. Formulaba para la mujer la necesidad de purificar las creencias de toda superstición — en su libro «La mujer del porvenir» — y a renglón seguido aconsejaba la «multiplicación de caminos para llegar a Dios» ¿Para llegar a Dios? Concepción Arenal deja aquí al descubierto su afición a la magia. Porque si el orden social, como decía la señora Stael, no consiste más que en una especie de ejercicio de paciencia que hace el mayor número de seres, crea o no crea en la divinidad, este mayor número de seres que aspira o no a tener a la divinidad como dechado de perfección («no reconocemos más absolutismo que el de Dios» decía Aparisi Guijarro y repetía Vázquez Mella) lo que hace, en realidad de verdad, es continuar por una eternidad sus ejercicios de paciencia.

Concepción Arenal no era partidaria del voto femenino. Consideraba atrasada a la mujer, no consideraba absurdo el sufragio. «Puesto que los hombres son tan brutos — viene a decir —, que voten. La mujer será como un recurso de paz en medio de las pasiones políticas.» Es decir, será como atenuante de brutalidad. «Quédese para el hombre — escribía — el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, aliada natural de todo el

PAGINAS MAESTRAS El pensar y el sentir

[illegible]

que sufre. Vuélvanse desde su puerta todos los perseguidores.» Equivalen estas palabras a una confesión poco nalagüeña, pues si Concepción Arenal suponía favorable a la mujer el apartamiento de la política, a la política reformista de los hombres encomendaba la reforma del sistema penal y del social. Después de tratar a los hombres de ignorantes, groseros y autoritarios, tenía esperanza en ellos, creía en sus monstruosidades bautizadas con el nombre de programas.

Por ello han sido los hombres, sin excluir a los jesuítas, exaltadores de la obra de Concepción Arenal, tórtola piadosa que criticó al filisteo católico como lo critica un descreído. En España el catolicismo es reseco y resentido, no blando o suave. Los tonsurados son unos erizos o bien unos interesados pulverizadores. Sólo se encuentran temperamentos místicos entre los descreídos como Giner, Salmerón, Cossío y pocos más. Comparado con éstos, el terrible católico Nocedal era un puerco espín. Concepción Arenal no era creyente a la manera de los místicos laicos, sino a la manera de una señora anglicana o de un cura renegado que sigue en el redil. De conocer la obra cumbre del llamado modernismo católico italiano — «Il Santo», de Fogazzaro — se hubiese entusiasmado cálidamente.

Escribe Concepción Arenal: «Al ver la política contemporánea tentados estamos, no ya a tenerla por un pecado capital más, sino por el conjunto de todos ellos, puesto que a poco que se la observe se la notará que es soberbia, avara, iracunda, glotona, envidiosa.» Palabras exactas. Aunque a continuación nos da esta nota: «Entiéndase bien y distíngase la política del Estado. El Estado es la universalidad de los ciudadanos con sus elevadas aspiraciones, su justicia, su derecho, sus intereses permanentes.» Aquí ya demuestra de nuevo su creencia en la magia porque es una entelequia como lo es la política separada de la insensatez.

En suma: Concepción Arenal creía que el Estado es una institución útil y que la política es una institución útil. Creía en la caridad y en el reformismo, en los tribunales y en la ley. Para ella había delincuentes forzosos y una eternidad desalentadora, forzosa también, de miseria y servidumbre que puede hacer cesar la divinidad con sus cielos de humo, su gloria de cirios fúnebres y cantos de gallo tonsurado. Concepción Arenal no descendió nunca del Sinaí.

Felipe ALAIZ